

Como otro cáncer, de VALERIO QUESNEY LANGLOIS,
Ediciones Alerce, 1961

Después de la aparición en el firmamento literario nacional de los integrantes de la Generación del 50, surgieron dos cuentistas de verdadera importancia: Carlos Ruiz Tagle y Cristián Huneeus, el primero autor de *Memorias de pantalón corto* y *Dicen que dicen*, y el segundo de *Cuentos de Cámara*, notables entre los notables.

A este grupo se agrega ahora Valerio Quesney Langlois, con su nouvelle *Como otro cáncer*, en la cual se plantean dos conflictos que si bien aparecen paralelos, sepáranlos distancias insalvables: la sangre de los protagonistas, materia en la cual sólo existen dos tipos bien determinados. Pues bien, éstos se dan aquí con sus caracteres propios, encuadrados en dos puntos antagónicos por entero. Uno, el de los privilegiados que, si se agitan, ven en torno suyo a solícitos servidores. Otro, el de éstos, en el cual suelen ocurrir dramas de tanta significación como aquellos a que están obligados a presenciar, en calidad de meros espectadores.

En tal terreno Valerio Quesney Langlois ha situado a sus personajes, los que se desenvuelven a gusto, armoniosamente, sin que la violencia o las pasiones desatadas modifiquen de manera determinante el curso de los acontecimientos.

Una dama distinguida, postrada en el lecho por tenaz dolencia, veía pasar en su imaginación diversos cuadros que constituían otras tantas etapas de su existencia, que se iba apagando poco a poco. Un viaje a Europa, los estrenos en sociedad, las exquisiteces de las comidas, los paseos tradicionales, en fin, el gran mundo en el cual había vivido, que reaparecía en esos momentos con más fuerza que nunca, hasta convertirse en una obsesión, que la cercanía de la muerte acentuaba. Los amigos y parientes de la enferma y de su cónyuge la visitaban con frecuencia para imponerse de su salud. Y ahí sobrevenían los diálogos más representativos del espíritu de los visitantes:

—Y yo le dije: mi amigo, ¡cuidado con los gremios!

—He oído decir que es muy frívola.

—¡Canasta de comodines! ¿Cómo lo encuentras?

En esos tópicos giraba la conversación, mientras que Marcial, el marido de la enferma, veía consumirse la vida de su mujer, no sin pesar, por lo prolongado de la agonía.

Por otra parte, la enfermera que velaba el sueño de Amelia arrebatada su galán a una empleada de la casa, después de estudiar concienzudamente la situación y de haberlo impresionado por su desenvoltura. La despojada reacción y una misiva pone de manifiesto que el prófugo ya nada significa para ella, por lo arduo de su recurso. No en vano la causante de la deserción había declarado: "Soy una mujer libre y adulta, dueña de mi vida y llena de pasión".

Marcial, sin saber nada de lo ocurrido, casi sucumbió una vez a la realización de un deseo, no del todo cristalizado, en contra de la sirvienta, que estimaba justificable, mas echó pie atrás, pues "lo detuvo el murmullo de su mujer agonizante". Y más tarde, una vez que la muerte de su esposa lo desligó por entero de los lazos que la unían a ella, niégase de nuevo, y esta vez con más firmeza y decisión.

—¡Bah!, no me extraña, hija; mal que mal la raza es la raza...

En el fondo, la dignidad y el sentido de las distancias. Este argumento pesa más que la roca y es determinante de muchas situaciones que a la postre resultan ampliamente satisfactorias.

En esta breve novela Valerio Quesney Langlois ha testimoniado ser poseedor de excelentes recursos caricaturescos, que constituyen parte sustancial de *Como otro cáncer*, que, a mi entender, es la mejor dotada de las obras distinguidas con el Premio Alerce del año pasado y la que ostenta los méritos más relevantes que la hicieran acreedora a tal distinción. ¿Por qué se lee y atrae tanto? La sátira fina, el contrapunto certero, las caracterizaciones agudas son algunos de sus méritos. El resto está en el agrado personal al leerla y al releerla, degustándola sin perder palabra. Se le encuentra deliciosa.

Valerio Quesney Langlois con su nouvelle, de no fáciles méritos, puede exigir su inmediata inscripción en los anales literarios de las nuevas promociones, sin pertenecer a ninguna de ellas, por lo menos en apariencias, con un estilo correcto y depurado, que deja al descubierto la inteligente pintura de un grupo de existencias, las que tienen y sufren paralelos pero disímiles problemas.

Tomás P. Mac Hale.

Ventana Adentro, de ELENA ALDUNATE,
Editorial Alfa. Santiago de Chile, 1961

Hace años comentamos elogiosamente *María y el Mar*, libro extraño, casi disonante, con aires marinos y dramáticas palpitaciones vitales. No vamos a cometer la simpleza de establecer parangones con María Luisa Bombal, María Carolina Geel, Mary Yan y otras escritoras, como es la moda de algunos críticos. Estos paralelos dicen mucho y poco. Preferimos aislarla y tomarle el pulso para formarnos una idea por lo menos aproximada de su ser literario, labor algún tanto ingrata si hay que decir la verdad desnuda.

Alguien dijo en un momento feliz de fino humorismo que "desmenuzar un libro de mujer es tan cruel como deshojar una rosa". Las formas desaparecen, el aroma se evapora, la armonía se vuelve trunca, alocada e hiriente. Es decir, como por arte de magia lo femenino se esfuma y da lugar a un no sé qué tosco y repelente. La contrapartida. Pero *Ventana Adentro* nos invita a la reflexión, al análisis, no impedidos por misoginismo morboso, sino por el placer de dialogar con la escritora, personaje invisible, pero real, que se agazapa y oculta, que se asoma irónico y pícaro, esbozando sonrisas y tal vez muecas burlonas.

Ventana Adentro es una obra de un auténtico feminismo, de ése que engrandece y hechiza por la actitud decidida frente a la vida. Tal vez más apropiado hubiese sido decir "virilidad". ¿Más apropiado? ¡Si hay cada integrante del sexo fuerte que es tan débil! Mejor es no comprometerse y a través de un circunloquio expresar con verdad lo que Elena Aldunate nos ofrece con prodigalidad.

Es una novela de evocaciones íntimas, una narración viva con la máxima economía del tiempo, centrando el interés no en el ritmo vertiginoso de la acción exterior, sino en la condensación del material psíquico, hermanando la sabiduría y el sentir hondo y penetrante.

Eduardo Anguita, el prologuista, escribe: "Hay vigor, dolor y ternura,